

Presentación



La crisis paradigmática de las distintas teorías del desarrollo confirma que vivimos un cambio de época en la historia de la humanidad. A pesar de los conflictos que se originan por la coexistencia de diversas visiones de futuro enmarcadas en contextos sociales, culturales, tecnológicos y ambientales muy heterogéneos, la globalización ha generado una clara tendencia en favor de las economías de mercado que han impulsado procesos de cambio en las relaciones productivas y comerciales de las que no es ajeno el sector agrario. A nivel internacional, el carácter multidimensional del proceso

de cambio estructural de este sector, exige incorporar nuevas variables para su comprensión y dimensionamiento.

Es así que, en la actualidad, es más importante conocer cómo se desarrollan los agronegocios, que conocer su porcentaje de participación en el mercado de *commodities*, su estructura de propiedad y su distribución financiera, entre otras variables estadísticas de evaluación tradicional. Las nuevas variables que nos explican cómo se desarrollan los agronegocios son, fundamentalmente, (i) su inclusión en una cadena agroproductiva y (ii) su participación en los crecientes nichos de mercado de productos específicos. Estos factores de análisis han sido considerados por el INIA para establecer sus prioridades de intervención, ya que fijan una nueva relación de compromiso y distribución de beneficios entre los heterogéneos actores que conforman los distintos eslabones de las cadenas de valor, compartiéndose los riesgos y generándose mayor equidad en la rentabilidad de los procesos.

Por otro lado, en el ámbito global se debate en torno a la controversia que existe entre los países desarrollados y en vías de desarrollo respecto del enfoque que debe asumir cada país en relación con el proceso de realineamiento estratégico-tecnológico. Este proceso discrimina a los países con grandes mercados consolidados de tecnología de naturaleza privada, de los países con mercados imperfectos, donde los bienes tecnológicos son subvaluados por los propios agricultores y están desarticulados de conceptos de innovación como control de calidad, biotecnología y propiedad intelectual, entre otras distorsiones propias de economías precapitalistas. La discusión se ha generado en torno a los efectos que dicho proceso puede acarrear sobre aquellos países que vean debilitada su posición competitiva y que en el mediano plazo terminen siendo marginales en el proceso de desarrollo económico mundial. Estos efectos, estructuralmente complejos y multidimensionales, exigen a los Estados reflexionar y definir su rol y políticas en materia de inversión de recursos públicos para la innovación tecnológica.

En este contexto, mientras los países desarrollados disminuyen gradualmente la inversión pública en actividades de I+D+I, gracias a que sus sectores agrarios han alcanzado la madurez suficiente para ser liderados por los actores privados, los países en desarrollo se encuentran en una disyuntiva difícil de resolver. Por un lado, la de asumir esta estrategia impulsada por organismos multilaterales; a pesar de ser conscientes de no haber logrado ese estadio de desarrollo, o bien, esforzarse, mediante inversión pública, por acelerar procesos de maduración que contribuyan a reducir la brecha, para posteriormente diseñar alternativas de desarrollo privado.

En consecuencia, el incremento de la inversión pública en procesos de I+D+I reafirma el rol subsidiario del Estado y permite superar o complementar estrategias tradicionales de apoyo a la competitividad nacional, tales como la fijación de medidas arancelarias y para-arancelarias que no han demostrado sosteniblemente fortalecer los mercados. La inversión

pública en tecnología aspira a establecer una trilogía entre productores, industriales y generadores de tecnología (SNIAA) que, regulados por el propio Estado, desarrollen un círculo económico virtuoso con altas tasas internas de rentabilidad a nivel social y económico. Serían altísimos los indicadores, si tuviéramos información registrada que nos permita realizar un ejercicio matemático para calcular el costo/beneficio de las tecnologías generadas y transferidas por el INIA en los últimos 30 años.

Sin embargo, la historia institucional del INIA nos refleja que en el pasado, inspirados en el paradigma de la "revolución verde", los "medios" que se utilizaron para coadyuvar al logro del objetivo nacional de reducir la pobreza rural mejorando la competitividad de los productores a través de la adopción de nuevas tecnologías, terminaron convirtiéndose en "fines" en sí mismos. Este hecho distorsionó la comprensión de su legítima misión institucional, es decir que el INIA producía variedades genéticas y prestaba servicios agrarios bajo un estricto enfoque de oferta, sin contar con indicadores de evaluación *ex post*. Éstos pudieron haber permitido medir el impacto sobre los niveles de pobreza de la población rural para, a partir de esos datos, rediseñar estrategias concordantes con el desarrollo y difusión de tecnologías, que realmente solucionen los cuellos de botella tecnológicos que enfrentan los productores.

Adoptando entonces un enfoque de demanda, el nuevo INIA se enfrenta hoy a una heterogénea composición de potenciales beneficiarios de los procesos de innovación tecnológica, distribuidos en diversas ecorregiones y con distintos intereses. Por ello, a través de un proceso participativo, cada perfil estratégico de estación experimental, cada proyecto de investigación, cada actividad de proyección y servicios agrarios, han sido definidos, validados y registrados en este documento, con base en los parámetros planteados por la visión institucional: (i) competitividad; (ii) sostenibilidad; (iii) seguridad alimentaria y; (iv) servicios. Así, por ejemplo, la puesta en valor de la agrobiodiversidad, debe lograrse a través de un adecuado punto de equilibrio entre competitividad y sostenibilidad, que nos permita alcanzar un suficiente nivel de autonomía de seguridad alimentaria, entendida como el mejoramiento de calidad de vida de la población rural y el suministro de alimentos para los centros urbanos, abasteciendo a nuestras ciudades y aumentando el agronegocio interno para disminuir la brecha de la balanza comercial del país.

El año pasado tuvimos la oportunidad de presentar en el Libro Verde, la Estrategia Nacional de Desarrollo de la Innovación Tecnológica Agraria y Agroindustrial, la cual facilitó una reingeniería conceptual y funcional dentro de la organización que nos permitió duplicar el presupuesto después de muchos años de estancamiento. Asimismo, atraer a más de veinte doctores graduados en ciencias agrarias y afines y, ofrecer un incremento salarial a todos los empleados del INIA, luego de más de 10 años de congelamiento de sueldos.

Este año, sumidos en el proceso de regionalización hemos concentrado esfuerzos en territorializar estratégicamente nuestras actividades en un plan de acción que, como herramienta de gestión institucional, nos permitirá evaluar los impactos y retroalimentar nuestras hipótesis de trabajo para redefinirlas en el siguiente año. Gracias al compromiso del MINAG de potenciar gradualmente nuestra capacidad operativa, hemos recuperado la confianza de los productores agrarios, las ONG's, los gobiernos regionales y los organismos internacionales, quienes nos han hecho sentir la revaloración de la marca "INIA" a través de su compromiso y participación en nuestras actividades.

Espero que el tiempo y la perseverancia en las decisiones de aplicar el contenido de este Libro Azul nos permita seguir enfrentando con éxito el desafío de dirigir el destino de la innovación tecnológica agraria y agroindustrial a nivel nacional. Para cumplir con nuestros objetivos, tenemos la suerte de habernos consolidado ya como una familia de profesionales, técnicos y auxiliares peruanos que comparten una visión a largo plazo y que apuestan hoy, con más convicción que ayer, por el desarrollo tecnológico del Sector.

Carlos Antonio Salas Vinatea, PhD
Director Ejecutivo del Instituto Nacional de Investigación Agraria